

LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta REVISTA se publica
los días 15 y último de cada mes.

Se remite á la Isla franco de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
S. Sebastian-75.
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.
Solo se admite suscripcion por trimetr.

G U T E M B E R G .

I.

El pensamiento es la reverberacion del espíritu. Incorpóreo é invisible como él, no habría establecido tangible diferencia entre el hombre y el bruto, si no hubiera mediado la palabra como el perfume de la idea. El gorgoeo dulce é inconsciente de la alondra que nos encanta, y el impensado y monótono cacarear del papagayo que nos admira, no se habrían distinguido de nuestro canto, que acusa la conciencia de una impresion que se siente, ni de nuestra palabra que manifiesta la de una idea que se concibe, si nuestra alma hubiera carecido de ese medio sensible de la extereorizacion de su existencia, dejando á una misma altura aparente, á ese sér que tiene por toda sublimacion de su espíritu el instinto, y á este otro que alberga en su pecho la conciencia de su sentimiento, y en su cerebro la luz de su razon.

La palabra, esa revelacion de lo que en el interior del alma pasa, y único medio que establece esa palpable diferencia que entre el irracional y el hombre existe, ha sido perseguida por los teólogos, los filósofos y los filólogos hasta su origen, sin que la variedad de sistemas, y la diversidad de opiniones, hayan podido hasta el presente alcanzar una teoría que lo establezca con certeza, reduciéndose hasta ahora á una multitud de continuadas hipótesis, alrededor de las cuales eternamente divagan.

Platon supone, en aquel grandioso momento histórico en que la filosofía griega levantó la voz para no apagarse mas en la humanidad, que el lenguaje tenía en sí una propiedad natural que él encontraba en la frecuente íntima relacion que existe entre la palabra y la cosa significada; mientras Aristóteles, segun parece deducirse de sus palabras, opinaba en contrario, creyendo que el lenguaje era una creacion progresiva del hombre. Hoy los ma-

terialistas pretenden explicarlo estableciendo que el hombre en los primeros años de su aparicion, en el globo, se contentaba con imitar los ruidos que á su alrededor sonaban, y los ahullidos con que los animales hirieran el tímpano de su oído, perfeccionándolos luego en voces que imitando los sonidos de los cuerpos que los producían, los significaban, siendo esto para ellos la primera palabra; en tanto que los *sensualistas* dicen, que el origen del lenguaje se encuentra comenzando la gradacion desde el gesto y el grito y la interjeccion, hasta llegar al nombre y al verbo y al adjetivo, que poco á poco va aprendiendo el hombre á combinar hasta la formacion perfecta de las frases, segun se encuentra en el desarrollo actual de la palabra; hipótesis que abandonamos para sentar como base que nos parece mas digna al hombre, que esas suposiciones de un primitivo estado de dolorosa imperfeccion y absoluto salvajismo, la de su innata existencia en nosotros mismos, fundada en la comunicativa espontaneidad de nuestro espíritu, ó si se quiere, hasta en la inmediata comunicacion ó trasmision á los labios del hombre desde los inefables labios del mismo Dios, quedando en los de la criatura como la mas perfecta corriente eléctrica que comunicara una idea, ó trasmitiera un sentimiento, sin medio visible externo que le sirva de conductor, y sin necesidad por lo tanto de tender alambres que le encaminen, sino encontrando sencillamente su hilo telegráfico en el solo hecho de un átomo de aire que se agite y vibre en el espacio.

Un corazon en otro podía comulgar. La palabra oral era nuestra. Estaba á disposicion de nuestro ánimo con solo hacer temblar al impulso de nuestra voluntad las cuerdas vocales de nuestra prodigiosa laringe. La comunicacion entre dos almas, con ese solo medio, exigía necesariamente la presencia de los séres que habían de establecer esa union en la idea ó esa simultaneidad en el sentimiento, haciéndola imposible entre personas alejadas por la ausen-

cia ó separadas por la muerte. El pensador al elevarse al cielo, dejaba expuesto su pensamiento á apagarse con la última onda sonora producida por el órgano de su garganta, ó á adulterarse con alguna omisión ó algún aditamento, en la repetición continua que el padre hiciera al hijo alrededor de la lumbre en el regazo del hogar. Era necesario perpetuarlo intacto y nació la escritura. La primera forma de grabar el pensamiento para que sobreviviese á los siglos, fué la escritura jeroglífica, por la cual iban representadas las ideas por la pintura de las cosas que las significaban; mas tarde aparece otra forma, la hierática egipcia, que expresaba con cada una de aquellas figuras, no la misma palabra con que se nombraba la cosa representada ó dibujada, sino su primera letra, siendo de este modo ya cada figura un signo; y así, paso á paso, de desarrollo en desarrollo, fué llegando la palabra hasta la escritura alfabética, perfecta forma con que nos entendemos hoy, y con la cual en este mismo instante voy expresando concisamente mis ideas, mis impresiones y mis sentimientos.

Teníamos ya la palabra escrita; podíamos con ella revelar los últimos recónditos movimientos de nuestra alma. Pero estando encomendada su extereorización, en lo general, á la misma mano del autor, no podía alcanzar sino al reducido número que nos escuchara al leer, ó que nos leyera en el único ejemplar escrito de nuestro puño. Entonces nació la ocupación de los *copistas*. Mas esto era trabajoso y largo, y como trabajoso y largo era caro, y como caro era solo asequible á los poderosos. El pensamiento era patrimonio de la riqueza. La ilustración era un monopolio. No llegaba hasta el pobre. Entraba en el palacio, pero nunca atravesaba el umbral de la cabaña. El hombre sentía una necesidad, y esta necesidad era abaratar la idea. La cuestión era grave: no se encontraba la solución al problema, y los libros seguían escritos en pergaminos, y los pergaminos escritos eran escasos por su costoso procedimiento, y solo se cobijaban y anidaban en la casa de los grandes de la tierra. ¿Cómo sacar á la mayor parte de la ignorancia repartiendo el pensamiento con mayor prodigalidad? ¿Cómo multiplicar el número de las copas donde se encerraba la miel de las ideas, para que infinito número de hombres, en un mismo momento de tiempo, pudieran acercarse á sus anhelantes labios? ¿Cómo libertar al pensamiento de la estrecha cárcel del manuscrito donde forcejeaba por espaciarse?

II.

Dios veía aquella esclavitud. La humanidad estaba salvada. Un hombre se agitaba en el fondo de su gabinete ante su mesa de estudio ardiendo en deseos de ser el libertador. Sus

ojos se enrojecían con el estudio, sus pestañas se abrazaban con la luz, su cerebro se cargaba con mil y mil ideas, y su frente á veces se oscurecía. Cualquiera hubiera dicho que el hombre se agotaba; pero el cansancio rendía el cuerpo, mas no consumía el alma. Cuando una eterna aspiración fortifica al hombre no hay fuerza capaz de abatirlo. La carne desmayará en la lucha, pero lo inmortal la despertará y confortará. El deseo es un *quid divinum*. La gloria es la sublimación de lo humano. Lo sobrenatural le asiste y vive en él. En aquel hombre se juntaba esa trinidad: no podía perecer.

Las semanas pasaban, y los meses corrían, y trascurrían los años. Todo pasaba en él, menos él mismo. Sentado ante su mesa, los codos apoyados, la cabeza baja y sostenida, no había para él nada en el mundo; á su alrededor no existían mas que objetos accesorios. Cree que dentro de sí está lo que persigue y anulando lo exterior, ensimismado, rebusca con su mirada íntima, dentro de sí, aquello que anhela. Pero en vano, parece que su pensamiento se esconde en el último pliegue de su alma. Á veces al final del día cuando su espíritu se ofuscaba y su mirada se enloquecía, abandonaba su casa, salía á tomar nuevas fuerzas y el viento de la tarde oreaba su frente, mientras él se complacía en ver la dulzura con que se despedía el sol, dorando y arrebolando nubes. Descansa, y cuando sus fatigas cesan, y la tranquilidad posee de nuevo su mente, vuelve á su casa como la personificación de la constancia, á cavilar sobre aquel algo que no alcanza pero que presiente. Se ha propuesto encontrarlo y no lleva cuenta de las horas, los días, las semanas, los meses y los años que pasan para no volver. No le importan. Entre todos aquellos, hay un instante señalado en la esfera de Dios. Tiene que venir, y él lo espera tranquilo, meditando como para ayudarle á que acelere su paso. El tiempo sigue corriendo y él esperando. El día llega, la hora se acerca, el momento está para venir. Llegó. ¡Bendito instante! Aquel hombre había perdido, diez años, pero no... no los había perdido, porque ha encontrado el minuto que buscaba entre miríadas de minutos. El hombre se azota la frente con la mano y vuelve á su embibición y recogimiento. El momento pasa y el pensador sonríe. Su rostro brilla y su cerebro arde como una fragua con extraño resplandor. Su cabeza se va descargando poco á poco de todas sus preocupaciones y pensamientos, hasta quedar por último debajo de la bóveda de su cráneo una idea tan solo, reverberando como la misteriosa lámpara del genio, en aquel pequeño y sublime templo viviente. Se levanta de aquella mesa, único testigo de tantas cavilaciones, de tanto insomnio y de tanta constancia. Se endereza, iergue su cabeza, y con un conti-

nente altivo clava sus ojos en el cielo que le parece abierto con una abertura resplandeciente. Los vuelve al suelo y un círculo radiante chispea á sus plantas. Adonde quiera que vuelve la vista no ve mas que luz. Comprime sus párpados con fuerza y oculta sus órbitas entre las manos como para sosegar. Cuando las retira, su mirada se esparce con una radiación sobre-humana, y un relámpago de esperanza ilumina á aquella hora todos los puntos de la tierra.

El problema estaba resuelto. El pensamiento como un río desbordado, se iba á pasear por los continentes fecundando las inteligencias. La ocupación de los copistas acababa de morir; pero una nueva industria iba á dar trabajo á millares de brazos. El manuscrito va á ser sagrado, reservándose solo para el autor que por primera vez estampara su pensamiento libertado ya de aquella cárcel, y llevado desde ahora en brazos de nuevos desconocidos ángeles propagadores. Por entonces se había ideado la manera de reproducir la ciencia, ya no por manuscritos, sino grabando toda una hoja en una plancha. Pero aquello no bastaba á aquel hombre que presintiendo un no sé qué mas prodigioso, había meditado y concebido. Cogió la plancha, la desmenuzó hasta su último grado, y soltó en el espacio aquellos átomos de frases, que en alas del viento se habían de estrellar contra todas las frentes.

Había acertado con la movilidad de los caracteres, en la menuda letra de imprenta, que prestándose á todas las combinaciones, y aligerando y simplificando el trabajo entrañaba el secreto del milagro. Un solo cajista de pie, activo, trabajando con aquella semilla de palabras, de la cual habían de nacer árboles de tantas hojas, vale desde aquel momento por cientos y cientos de copistas. En efecto, aquel hombre presintió todas esas ventajas, y no dudó un segundo en la verdad de aquella su tan buscada y tardía inspiración, y se preparó á realizarla. Se escondió con su invento y empezó á trabajar en la soledad de un viejo monasterio donde no se albergaban otras gentes que pordioseros del mundo. Él también desheredado de la tierra, pero elegido del cielo, se ocultaba allí, y solo, encerrado donde nadie lo observa, lo prevee todo, lo resuelve todo, lo medita todo antes de dar su prodigio como patrimonio al mundo. No quiere una celebridad gradual sino repentina. Quiere que el fruto de sus vigili-
as de alma y de cuerpo, estalle como un volcán sorprendiendo en un solo momento á la humanidad entera. No gusta de crepúsculos, y forceja en su retiro para que su idea brille desde luego en su zenit, sin que nadie advirtiese que había tenido levante. No quiere ser visto sino cuando su gloria sea desde luego irrecusable

y completa y útil. Suspira continuamente por ver su pensamiento clavado en el cielo y derramando eternamente luz sobre las conciencias. Con tales aspiraciones y deseos tan vehementes, trabaja en aquella soledad del mundo. Con sus propias manos coge la madera, graba las letras, las junta en palabras, las impregna de la tinta que ya ha combinado, las oprime sobre el primer pergamino que está á su alcance, y allí, á solas, viendo aquel resultado cierto, debió reir como un loco. Hace modelos pequeños de todo lo que cree imprescindible y necesario para que no faltase nada á aquella obra divina que estaba encomendada á él. Concluye su *prensa* tal como había alcanzado á concebirla despues de tantos años, y escondiéndola debajo de sus ropas sale cargado con aquel peso de tantos insomnios, buscando quién la reprodujese en mayor tamaño. Aquella *prensa-madre* se reprodujo aquel día y hoy sigue fecunda reproduciéndose hasta lo infinito. El obrero que la había copiado guardó el secreto y el hombre comenzó su trabajo práctico tocando resultados. Pocos años despues una lluvia inmensa de libros, hostias divinas del pensamiento, cayó sobre los pueblos como el rocío de las almas. Una segunda redención se acababa de verificar. Esta vez el redentor se llamaba JUAN DE GUTENBERG.

Manuel Elzaburu.

COFREÍ.

NOVELA

DE ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

(Continuación.)

CAPÍTULO II.

SOMBRAS Y FANTASMAS.

— Pero la existencia mía — continuó Ricardo — tendrá también su día de reposo y de felicidad: aquel en que pueda llevarte conmigo para guardarte como mi mas querida prenda. Á propósito de prendas, si me aguardabas esta noche ¿porqué no miro en esa bella garganta el collar de perlas que te trage la última vez que vine á verte?

— Mi abuela, respondió la interrogada — que, como no ignoras me sirve de madre, hubo de verlo y preguntarme quién me lo había dado. En vano quise callar; sospeché que venía de tu mano, y díjome así: Niña, este collar te lo ha traído Ricardo. Ese hombre se condenará, y quiere que tú lo sigas al infierno: este collar ha sido sin duda mal adquirido y es como si viniese del ángel malo. Dámelo acá, y que su valor se emplee en misas

No pudo menos de recordar también Ricardo, que de igual medio solían valerse en las playas y caminos cercanos á la costa los contrabandistas y aún su misma gente, para formar el vacío en torno de sus alijos y trope-lías; pero entónces no dejó de imaginar que el fantasma tenía relacion con su amorosa conferencia, y decidióse á descifrar el enigma: muy resuelto á castigar al habitante de este ó de otro mundo, que así osaba entrometerse en sus peculiares asuntos.

Con este propósito dijo á la doncella:

— Aguárdame aquí un instante, Rosa mía: voy á quitar á ese pícaro la gana de meterse con nosotros.

Y sacando una pistola del cinto que amartilló, lanzóse al encuentro de la que podríamos llamar sombra á no llevar luz, y que se había detenido en mitad de su marcha al observar el movimiento decisivo de Ricardo. Este, aunque animoso en ocasiones mas terribles ó positivamente tales y resuelto á desenmascarar al fingido trasgo, no dejaba de llevar cierto recelo, irremediable para él sin duda, ya que el valiente mozo pertenecía al tiempo de *los aparecidos*, y había sido educado desde la infancia, como la mayor parte de sus contemporáneos, en el terror de lo sobrenatural ó de las cosas del otro mundo como habían dado en llamarse semejantes apariciones.

En cuanto á Rosa, casi desvanecida, sentóse ó dejóse caer junto á uno de los tabiques del pié de la ceiba, y acurrucóse allí cuanto pudo, no sin que cayese de las hojas del árbol sobre su falda una leve gota de sangre como á manera de rocío, lo que hubo de aumentar su terror; y cual si esto no bastase, vino á sobrecoger su ánimo hasta un punto indescriptible, un suave y cosquilloso objeto que, rozando la frente de la infeliz, cayó igualmente sobre su falda, y que su mano tocó sin querer y horrorizada.

Pero como si de tanto motivo de horror debiese surgir alguno de calma, el segundo objeto explicó el primero ó sea la caída de la gota de sangre, trayendo á su memoria la paloma destrozada hacia poco, sobre su cabeza: el segundo objeto á que nos referimos, era una pluma del ave recién sacrificada.

Cerró, sin embargo, los ojos, pálida y yerta como la nieve, casi á punto de perder el sentido tras de tantas emociones angustiosas, y esperó....

(Continuará.)

LA MUJER EN SOCIEDAD.

Es condición inherente á nuestra naturaleza desear el reposo que repara nuestras fuerzas despues de largas horas de trabajo, y dar

solaz al espíritu en los breves instantes de ocio que deja el cumplimiento de nuestros deberes. Así que todos los pueblos antiguos y modernos han tenido reuniones y espectáculos públicos destinados á su recreo, variando estos al tenor de sus costumbres; entre los Romanos los combates de los gladiadores en los Circos; en la Edad Media, las justas y torneos, donde los caballeros hacían prueba de su valor y las damas ostentaban su belleza; en los actuales tiempos los bailes, los sarras, y el teatro, donde en todos los pueblos cultos se han representado las costumbres de su época, y se han pintado con vivo colorido las grandes virtudes y vicios de la humanidad.

La mujer siempre se ha asociado al hombre, así para el dolor como para el placer, y con los encantos de su belleza ha contribuido á aumentar el brillo é interés de dichos espectáculos.

En estos actos de la vida social, en estas numerosas reuniones, en que aparece la belleza deslumbradora y con toda la fascinación que producen sobre los encantos naturales la riqueza del traje y el gusto en su forma, hay frecuentes peligros para la mujer; lazos tendidos por la mala fé y por pasiones innobles, y en los que fácilmente puede quedar asida, viéndose mal parada su virtud.

Debe, pues, demostrar en todas estas ocasiones que sabe resistir á las sugestiones del vicio, cuidar de su dignidad y decoro, é imponer respeto al que intente seducirla. Con este objeto procurará ser honesta en sus palabras, decente en su porte, recatada en sus maneras; pues no hay prenda que mas realce dé á la belleza que el pudor. Las maneras libres, el vestir poco honesto, provocan las malas pasiones de los hombres y justifican hasta cierto punto su audacia.

Conviene asimismo que la mujer evite en sus relaciones sociales la demasiada familiaridad con los hombres; pues, á pesar de que hay amistades puras que no ofenden á la moral, la maledicencia suele dar á ese trato íntimo siniestras y poco decorosas interpretaciones. Y cuenta que la honra de la mujer es delicada y sumamente deleznable; que el hábito la empaña como la tersura de un espejo; que es tan frágil como el cristal, y tan impresionable como ciertos cuerpos que se descomponen bajo la sola influencia de la luz solar.

Es preciso que huya también de esa rivalidad mal entendida, de la competencia en el lujo, tan frecuente en nuestras sociedades: la preeminencia que la mujer desee, debe estar cimentada en su mérito intrínseco, en sus prendas personales, y mas particularmente en su belleza moral. El lujo en el porte, por mas importancia que quiera dársele, siempre es una cosa prestada, que se compra con oro, que se

obtiene con la fortuna, pero que no aumenta ni disminuye los quilates del mérito personal. La belleza nunca es mas encantadora, que cuando está sencilla y modestamente vestida; la prodigalidad en las galas, la profusion de adornos, el redundante atavío, ántes desvirtúan que acrecen su interés.

Importa tambien que no dé culto y rinda vasallaje á la moda, por caprichosa y extravagante que sea, y sobre todo, si se aparta de los límites de la decencia. Por mas respetado que sea su imperio, por mas que las costumbres autoricen cierta desenvoltura en el traje, en los bailes y saraos, siempre será esta una peligrosa debilidad, y poco conforme con las exigencias del decoro y de una buena moral. La mujer necesita no gastar sus encantos, no desvirtuarlos; y si quiere conservar ilusiones en el hombre á quien ha unido su suerte, no es camino para conseguirlo la desenvoltura, sino el recato.

Por último, debe tambien evitar que el baile, que tan vivamente expresa el júbilo y la expansion del corazon, sirva de medio de corrupcion moral. La sensualidad, que tan encarnada está en las costumbres de nuestro siglo, ha dado al baile formas grotescas y poco acomodadas á la decencia; y es menester que la mujer que se estime á sí misma no se preste á imitarlas, sometién dose dócilmente á las prescripciones del mal gusto. Sea digna hasta en estos al parecer insignificantes detalles de la vida social, si quiere merecer consideracion y respeto.

Hemos hecho estas reflexiones que nos ha sugerido nuestro buen deseo, con el objeto de que la mujer piense acerca de la conveniencia de ciertas costumbres sociales, y modifique su opinion, poniéndola en armonía con lo que exigen la virtud y el decoro.

F. A. y R.

LA NIEVE Y EL FUEGO.

A....

Me distes una flor nítida y bella
anoche de tu amor en el exceso,
y estampando en su cáliz tierno beso
junto á mi corazon la coloqué.

Quise recompensarte y en tus manos
puse otra flor muy pura y perfumada;
como yo, la besaste enamorada,
en tu seno prendiéndola despues.

Hoy yace sin matiz y sin perfume
la flor que diste á mi amoroso ruego,
por que la tierna rosa sobre el fuego,
al fin se marchitó!

De la que yo te dí, tan solo quedan
tristes despojos de su vida breve;
porque la tierna flor sobre la nieve
marchitóse y murió!..

Pto-Rico 1875.

Manuel Dueño Colon.

EN UN CEMENTERIO.

¡Pobre niña! Silencioso
Ante su tumba me hallaba
Y ví una flor que brotaba
Al pié del sáuce frondoso
Que sombra al sepulcro daba.

Arrastrándose, un gusano
Entre el polvo se movía;
Y dentro del alma mía
Un pensamiento tirano
Con honda voz me decía:

“¿Qué fué de tanta hermosura?
¡Tierra, podredumbre, horror....!
Y en esa materia impura
Pasto el animal procura
Y encuentra sávia la flor.

“Ámbos luego, el tiempo andando,
Nuevas vidas formarán
Y al fin, la suya acabando,
Sus restos, siempre cambiando,
A otros seres nutrirán.

“Aunque se levanta erguida
Altiya, lozana y fuerte,
¿Qué valor tiene la vida,
Si solo está mantenida
Por lo que le da la muerte?”

Juan Sanjuan.

HABLA UNA NIÑA.

Blanca luna, que testigo
Fuiste de mi dulce amor,
Al pensar que con mi amigo
Me viste, siento rubor,

No me acuerdo, lo confieso,
De lo que anoche pasó;
No sé si le dí yo un beso
Ó si fué él quien me lo dió.

Si acaso algun insensato
Lo quisiera averiguar,
No le digas mi secreto,
Luna, sábelo guardar.

Traduccion de Roberto Prutz.

EL ESCARABAJO DE ORO

POR EDGARDO POE.

(Continuacion.)

Otros muchos eran antiguos y de ningun valor, como piezas de relojería, á causa de haber sufrido mas ó menos la accion corrosiva de la tierra; pero todos estaban magníficamente adornados de pedrerías, y las cajas eran de mucho valor. Avaluamos aquella noche el contenido del arca en un millon y medio de dollars, y cuando mas tarde dispusimos de las alhajas y pedrerías, despues de haber guardado algunas para nuestro uso personal, encontramos

que valían mucho mas de lo que habíamos creído.

Terminado el inventario y calmada en gran parte la exaltación, viendo Legrand que me moría de impaciencia por poseer la solución de aquel prodigioso enigma, entró en un detalle completo de todas las circunstancias que se referían á este.

— Os acordáis, me dijo, de la noche en que os enseñé un dibujo que representaba el escarabajo, y no habéis olvidado que me chocó vuestra insistencia en sostener que el dibujo representaba una cabeza de muerto. La primera vez que oí este acerto, creí que os chancabais; recordé en seguida las manchas de la espalda del insecto, y convine conmigo mismo en que vuestra observación no carecía de fundamento. Con todo, vuestra ironía respecto de mis facultades gráficas me irritaba, pues soy tenido por un regular artista; de modo que cuando me devolvisteis el pedazo de pergamino, estuve á punto de magullarlo y echarlo al fuego.

— ¿Os referís al pedazo de papel?

— Tenía todas las apariencias de papel, y yo mismo creí al principio que lo era; pero cuando fui á dibujar en él, descubrí que era un pedazo de pergamino muy delgado, y al mismo tiempo muy sucio. Al ir á magullarlo, mis ojos encontraron el dibujo que habíais mirado vos, y juzgad de mi asombro al ver la imagen positiva de una cabeza de muerto en el mismo punto en que había creído dibujar un escarabajo. Durante un momento me sentí tan sorprendido que no supe que pensar. Estaba seguro de que mi croquis se diferenciaba completamente del nuevo dibujo, por mas que hubiese cierta analogía en el contorno general. Entonces tomé una vela, y sentándome al otro extremo del cuarto, procedí á un análisis mas detenido del pergamino. Volviéndole al revés, ví el dibujo tal como yo lo había hecho. Mi primera impresión fué de sorpresa; había una analogía realmente notable en el contorno, y era una coincidencia singular el hecho de la figura de un cráneo, que me era desconocido, ocupando el otro lado del pergamino, inmediatamente debajo de mi dibujo del escarabajo, y de un cráneo que se parecía exactamente á mi dibujo, no solo por el contorno sino tambien por la dimension. Digo que lo singular de esta coincidencia me dejó sorprendido durante un instante, efecto comun de esta clase de coincidencias. El espíritu se esfuerza por establecer una relacion de causa á efecto, y sintiéndose impotente para conseguirlo, experimenta una especie de parálisis momentánea. Pero cuando me recobré de este estupor, sentí lucir en mí por grados una convicción que me sorprendió todavía mas que la coincidencia. Empecé á recordar distintamente, con claridad, que cuando

dibujé el escarabajo no había otro dibujo en el pergamino, y adquirí de ello la mayor certeza, acordándome de haberle dado varias vueltas buscando el sitio mas limpio. Á estar visible el cráneo, ya lo habría visto infaliblemente. Luego había allí un misterio que me sentí incapaz de desembrollar; pero desde aquel mismo momento me pareció ver prematuramente una débil luz en la regiones mas profundas y secretas de mi entendimiento, una especie de luciérnaga intelectual, una concepción embrionaria de la verdad, de la cual nuestra aventura de la otra noche nos ha proporcionado tan espléndida demostración. Levantéme decididamente, y guardando con cautela el pergamino, aplacé toda reflexión ulterior para cuando me hallase solo.

Cuando estuvisteis fuera y Júpiter se hubo dormido, me entregué á una investigación algo mas metódica de la cosa, y empecé por recordar la manera cómo el pergamino había caído en mis manos. El paraje donde descubrimos el escarabajo era la costa del continente, á una milla al Este de la orilla, pero á una pequeña distancia sobre el nivel de la marea alta. Cuando lo cogí me mordió cruelmente y lo solté. Júpiter, con su acostumbrada prudencia, ántes de coger el insecto que había volado de su lado, buscó una hoja ú otra cosa análoga con que envolver al escarabajo, y en el mismo momento sus ojos y los míos vieron el pedazo de pergamino que entonces me pareció papel. Estaba medio hundido en la arena con una punta al aire. Junto al sitio en que le encontramos observé los restos del casco de un gran buque, si no me engaño. Los tales despojos de un naufragio probablemente se hallaban allí hacia mucho tiempo; pues apenas podía descubrirse la fisonomía de una tabla de buque.

Júpiter recogió el pergamino, envolvió el insecto y me lo entregó. Poco tiempo despues emprendió el camino de la cabaña y encontramos al teniente G..., á quien enseñé el insecto y me pidió que se lo dejara llevar al fuerte. Consentí en ello, y se lo puso en el bolsillo del chaleco, sin el pergamino en que estaba envuelto, y que yo seguía teniendo en la mano mientras que él examinaba el escarabajo. Quizás temió que yo mudara de parecer, y consideró prudente apoderarse en seguida del insecto; pues ya sabéis que tiene una afición loca á la historia natural y á cuanto la concierne. Es probable que entonces, sin pensar en ello, me metí el pergamino en el bolsillo.

(Continuará.)

Establecimiento Tipográfico de Gonzalez.